This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

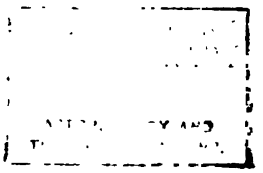
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07585454 1

CRISTÓBAL COLÓN

POEMA

Al eminente poeta Señor
D. Narciso Campillo:
recuerdo afectuoso
de su buen amigo
El Autor



C·OLOMBVS LYGVR NOVI ORBIS REPTOR

Retrato de Cristóbal Colón.

Del original existente en la Biblioteca Nacional.

Retrato de Cristóbal Colón.

Del original existente en la Biblioteca Nacional.

CRISTÓBAL COLÓN

POEMA

POR

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA

CON UN PRÓLOGO

DE

JOSÉ M. ASENSIO Y TOLEDO

ILUSTRADO

CON REPRODUCCIONES FOTOTÍPICAS DE CUADROS
DE LOS MEJORES ARTISTAS ESPAÑOLES
HECHAS POR FRANCISCO SAÑA

SEVILLA
Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1
1892

371933

PRÓLOGO

A indignación ha sido muchas veces fuente de verdadera poesía. Ella movió la pluma de Juvenal, inspirándole aquellas hermosas sátiras, monumento literario donde se grabaron las costumbres del pueblo-Rey, para que la posteridad conozca su interior degradación é inmoralidad más claramente y con mayor viveza que en la más detenida historia.

Mi lengua balbuciente, casi muda,
Quiero mover en la Rëal presencia,
De adulación y de mentir desnuda;

exclamó, entre las cadenas que le aprisionaban, el gran Miguel de Cervantes, herido su corazón al contemplar la triste suerte de los españoles cautivos en Argel, é indignado ante aquel padrón de ignominia, ante aquel nido de aves de rapiña, sombra que oscurecía la

gloria de su patria; y legó á los siglos el secreto de las miserias que se ocultaban tras de la grandeza de España, y presagiaban la ruina de su poderío.

Patriótica indignación mueve también para que cante al Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa. Ella ha levantado su inspiración con la gloria del genio que descubrió el Nuevo Mundo, como protesta de la injusticia que envuelven las opiniones manifestadas hace poco tiempo en el centro científico más importante de la corte de España.

¡Noble es la indignación que tan altas obras produce! Nuestra patria supo asociar su nombre á la empresa más grande que registra la historia; acogió al genio que sintetizaba en sus proyectos el pensamiento de una época, y lanzándose los españoles al descubrimiento del Nuevo Mundo, y á la conquista de los desconocidos imperios que al otro lado de los mares florecían, emprendieron una lucha épica, que coronó la victoria, y dieron carácter y principio á la edad Moderna, imprimiendo su impulso al progreso de la civilización.

La gloria de España y la de *Cristóbal Colón* han sido desde entonces una sola. El genio genovés fué hijo adoptivo de esta nación generosa, que le tendió su mano cuando en ninguna otra le comprendían, y el descubrimiento de las Indias Occidentales, por ambos reali-

zado, es el timbre más precioso que ostenta España á la admiración de la humanidad.

Cuatro siglos han corrido desde entonces. La faz del mundo ha cambiado por la audaz empresa de nuestros héroes. La humanidad ha entrado en un nuevo período de actividad y de engrandecimiento; nuevas nacionalidades han traído la savia de su trabajo y de su inteligencia al concurso de la antigua civilización; los hemisferios que durante largos siglos se ignoraron, son hoy hermanos; las ciencias, las artes, la industria, han encontrado nuevos elementos y recorren órbitas mucho más extensas... ¿No es justa la humanidad al querer ensalzar con cuanto sus fuerzas alcanzan al genio que concibió el colosal pensamiento que tales resultados ha producido? La antigüedad hubiera concedido la apoteosis á *Cristóbal Colón,* y hubiera hecho de él un semi-Dios. Las naciones modernas le rinden el tributo de su admiración entusiasta!

¿De dónde ha nacido, pues, la extraña fantasía de buscar manchas en la gloria del héroe en este solemne momento? ¿Qué significación tienen esas notas discordantes que se dejan oir en medio del universal concierto?

Bajo el velo de imparcialidad histórica se comete la mayor de las injusticias; se quiere que nuestra noble patria acentúe la nota de la ingratitud, reniegue de su gloria.... y tan ex-

traña aspiración ha sido nobilísima causa del poema del Sr. Lamarque, cuyas bellezas van á gozar nuestros lectores.

Muchos y grandes poetas se han lanzado á cantar el nombre de *Cristóbal Colón* y la gloria de España; muchos los cantarán todavía. Pero el poema del Sr. D. José Lamarque, rico de inspiración, elevado de concepto, ocupará sin duda alguna preeminente lugar entre todos, porque el famoso vate ha sabido unir á su alto pensamiento singulares primores de ejecución.

Honra inmerecida dispensa el poeta al que estas líneas escribe, señalándole, más bien por amistoso afecto que por otros merecimientos, para que indique al lector el objeto de su libro. Quizá le ha movido también á ello el saber que miramos desde el mismo punto de vista las teorías que él combate y han puesto en su mano la pluma, y á los dos nos merecen el mismo juicio.

JOSÉ M. ASENSIO.

Colón en la portería del Convento de la Rábida.

Sepia del Sr. D. Antonio del Canto.

Colón en la portería del Convento de la Rábida.

Copia del Sr. D. Antonio del Canto.

CRISTÓBAL COLÓN
POEMA
POR
JOSÉ LAMARQUE
DE NOVOA
A. del Castillo dib.

A la Sociedad Colombina Onubense,

en testimonio de admiración,

El Autor.

EXORDIO

SALVE, Colón! Tu genio peregrino,
Venciendo dudas, disipando errores,
Fué vivo sol de puros resplandores
De la ciencia en el áspero camino.

Héroe y mártir al par, fué tu destino
Gozar con triunfos y sufrir dolores,
Que el grito de tus fieros detractores
Mezcló al aplauso su rencor mezquino.

Aun hoy algunos, con tenaz insidia,
Manchar pretenden tu inmortal memoria,
Altares elevando á la perfidia.

Mas de edad en edad, para tu gloria,
Serás siempre, á despecho de la envidia,
La figura más grande de la historia.

Colón en la celda de Fr. Juan Pérez.

Cuadro del Sr. D. Eduardo Cano.

Colón en la corte de Isabel la Católica

Cuadro del Sr. D. Eduardo Cano.

CANTO I

EN LA RÁBIDA

De pueblo en pueblo, llevando
Un nuevo mundo en su mente,
Su fe, su entusiasmo ardiente
Á otros prestar anhelando,
Doliente peregrinando
Iba Colón; mas en poco,
En centros de ciencias foco,
Tienen su grandiosa idea,
Y no falta quien le crea
Soñador, farsante ó loco.

Su pensamiento á los sabios
En vano muestra en Lisboa,
Que no de aplauso ni loa
Frases escucha en sus labios.
Triste, y devorando agravios
Del lusitano Monarca,
Fatal destino le marca
Siempre seguir adelante,
Nuevo Asawero, que, errante,
Va de comarca en comarca.

España á su pensamiento
Surge, cual grata ilusión,
Que Castilla y Aragón,
Ya unidos, cobran aliento.
Campo allí el entendimiento
Tiene abierto en lid honrosa,
Que universidad grandiosa
Existe, honor de Castilla,
De escolares maravilla,
Por sus maestros famosa.

Mas ¡ay! pobre y sin aliento,
De un niño suyo en compaña,
Siente en tan ruda campaña
Amenguado su ardimiento.
De la Rábida al convento
Sin fuerzas llega, afligido,
Que al pié de una cruz, rendido,
Ve, con inmenso dolor,
Á aquel hijo de su amor
De hambre y sed desfallecido.

Asilo pide al portero;
En el monasterio entra;
Y en aquella casa encuentra
Remedio pronto y certero.
Con afecto verdadero
Los monjes todos le atienden;
Y cuando después comprenden
Su talento y su valía,
En su proyecto, á porfía,
Le apoyan y le defienden.

Cartas le da el Guardïan
Para nobles cortesanos

Que con ambos Soberanos
En grande privanza están.
Ellas le conseguirán
Contra la indigencia abrigo;
Quizá poderoso amigo
En algún prócer le obtengan;
Mas no va á que lo mantengan
Como á un bufón ó á un mendigo.

El va, con sinceridad,
Á exponer su noble idea,
Y á que amparada se vea
En bien de la humanidad.
Vedle en la universidad
Que es de Salamanca orgullo,
Discutiendo entre el murmullo
De sabios que no lo aprecian,
Ó que acaso lo desprecian
De vil lisonja al arrullo.

De la redondez del mundo
Y del cielo á sus teorías,
De las noches y los días
Á su argumento profundo,
Probando que el sol, fecundo,
Presta luz á otro hemisferio,
Oponen, con gran misterio,
De un místico el texto vano,
Diciendo que el mundo es plano,
É insensato su criterio.

Deza con fe lo defiende;
Mas ¿qué vale una voz sola
Cuando se alza la ola
Que aire de ignorancia extiende?

La discusión se suspende
Por cansancio, de allí á poco;
Nada resuelven tampoco
De lo que están discutiendo;
Mas todos salen diciendo:
«Está visto: este hombre es loco.»

¡Oh! ¡cuánta tristeza siente
Su alma noble! ¡qué amargura!
¡Cuál su humillación le apura!
¡Él insensato! ¡él demente!
Mas el destino inclemente,
Que lo oprime año tras año,
En Córdoba nuevo daño
Prepara á su mente activa,
Y con falaz negativa
Sufre el postrer desengaño.

Lenitivo á su aflicción
Halla en brazos de una dama:
Ella con ardor le ama,
Y él le entrega el corazón.
De una hermosa la pasión
Da treguas al padecer;
Que si es firme en su querer
Y leal en su desvelo,
Convierte la tierra en cielo
El amor de una mujer.

También el Petrarca, el Dante,
En el amor se extasiaron,
Y de inspiración hallaron
Por él venero abundante.
En el corazón amante
De la Fornarina bella,

De su genio la centella
Descubre el Pintor de Urbino,
Y del arte en el camino
Fué de su gloria la estrella.

Así Colón los rigores
De su fortuna mitiga,
Que el acento de su amiga
Es bálsamo á sus dolores.
Ella fieros sinsabores,
Que hicieron de su alma presa,
Desvanece y contrapesa
Con frases de bienandanza,
Y da al Marino esperanza,
Alentándolo en su empresa.

Y en ensueño halagador
Ve una isla encantadora
Donde la mar atesora
Piedras mil de gran valor.
De aquella isla Señor
Un momento se figura;
De su genio, entonces, pura,
Siente arder la viva llama;
Que en sueños su eterna fama
Tal vez un ángel le augura.

De nuevo al azar se entrega;
Que acaricia la ilusión
De hallar en otra nación
Medios que España le niega.
Al puerto de Palos llega
Buscando nave en que acierte
Á trocar la aciaga suerte
De su destino contrario,

Ó á encontrar en su Calvario
Con el naufragio la muerte.

Rendido á duro tormento
De la Rábida á la puerta
Llega, y á llamar no acierta;
Que en tan terrible momento
De la duda el desaliento
Lo sume en hondo pesar;
Mas antes de abandonar
Á sus hijos y á Castilla,
Como cristiano se humilla
Ante la Estrella del mar.

¡Oh ventura! En la mansión
Aquella de paz y calma,
Do á las angustias del alma
Halló un día compasión,
Hoy de su fiel corazón
Otros sintiendo el anhelo,
Á él se unen, sin recelo,
De amistad en tierno lazo,
Como en misterioso abrazo
Á su vista el mar y el cielo.

Para mitigar su pena
Allí en competencia están,
El anciano Guardïan
Y Fray Antonio Marchena.
Éste, su ánimo serena
Y le augura alto destino;
Mientras con seguro tino
El otro la ruta emprende,
Y hasta los Reyes pretende
Abrirle fácil camino.

¡Fray Juan Pérez! ¡Claro nombre
En la milicia sagrada
Que, á la humildad consagrada,
Es admiración del hombre!
Permite que tu renombre
Cante, de mi lira al són:
Por Castilla y por León,
Mas merced á tu influencia,
Nuevo campo abrió á la ciencia,
Nuevo mundo halló Colón.

Las joyas de D.ª Isabel la Católica.

Cuadro del Sr. Muñoz Degrain.

Per joyas de D. a Isabel la Católica.

CUARTO DEL DR. MURIM DE ROBLES.

MATRIZ DE ROBLES.

CANTO II

EN SANTA FE

GRANADA! Perla del Moro,
La de la encantada vega
Que el Darro apacible riega,
Dándole arenas de oro;
La que ostenta, cual tesoro
De sus timbres orientales,
Fuentes en cuyos cristales
Se retratan las huríes
Y los techos de rubíes
De sus palacios rëales:

La que al ensueño de un rey
Vió surgir la rica Alhambra,
Y al són de festiva zambra
De galantería hace ley:
La que con potente grey
De guerreros mahometanos
Venció á caudillos cristianos;
No más sueñes con victorias,
Que á eclipsar tus altas glorias
Van los Reyes castellanos.

La vega, rica en olores,
Van los cristianos cruzando,
Con sus bridones pisando
Sus aromáticas flores.
Tiendas de vivos colores
Se ven al pié de la sierra;
Retiembla al peso la tierra
De la ronca artillería,
Y en estridente armonía
Gritan los clarines: «¡Guerra!»

En el campamento aquel,
De otras cien tiendas cercada,
Se alza, de sedas ornada,
La de la egregia Isabel.
Allí la Reina á su fiel
Nobleza suele reunir;
Que al Infiel al combatir,
Valerosa, quiere ella,
Cual de Orleáns la Doncella,
Su ejército dirigir.

Mas ¡oh inescrutable arcano
De la sabia Providencia!
Por la amistosa ingerencia
De un fraile pobre y anciano,
Lo que fué delirio vano,
De la locura señales,
Entre estrépitos marciales
Y en ambulante guarida,
Tendrá ser, y luego vida
En históricos anales.

Que ya, con aire jovial,
Colón, de esperanza henchido,

Y por Fray Juan conducido,
Llega á la tienda Rëal.
Ya, de un paje á la señal,
Los dos entran, y las manos
Besan á los Soberanos
De Castilla y de Aragón,
Que les prestan atención,
Sin ceremoniales vanos.

LA REINA

¡Bien venidos los dos! ¡Cuán provechosa
Ha de serme, Fray Juan, vuestra presencia!
Que conociendo vuestra gran prudencia,
Sanos consejos quiéroos reclamar.
Harto sabréis mi decidido empeño
De triunfar en la guerra comenzada
Y de ver en los muros de Granada
Mi pendón á los vientos ondear.

FRAY JUAN PÉREZ

Señora, de un pobre fraile
Bien poco vale el consejo;
Menos aún, si ya, viejo,
Siente helado el corazón.
La prudencia mal se aviene
Con el valor en la guerra,
Y de paz sobre la tierra
Tan sólo es nuestra misión.

Mas disponer vuestra Alteza
De mí puede, á toda hora;
Que á vuestra bondad, Señora,
Siempre agradecido fuí.
Hoy á vuestras plantas llego
Este amigo á presentaros,

Y favor á demandaros
Para él, nó para mí.

Vuestra Alteza por mí tiene
De él noticia adelantada,
Y siempre la ví inclinada
Á darle su protección.
La Iglesia al par y el Estado
De sus proyectos grandiosos
Lograrán bienes cuantiosos:
Éste, Señora, es Colón.

LA REINA

Ya por Santángel, mi notario, supe
Vuestra valía, insigne Navegante,
Y creed que anhelaba el grato instante
De poder vuestro mérito apreciar.
Vuestros nobles propósitos ahora
Declarad sin temor ni desalientos;
Que aunque robo al Estado estos momentos,
Vuestro relato pláceme escuchar.

COLÓN

No sé en qué conceptos mostraros pudiera,
Por honra tan alta, mi fiel gratitud.
¡Oh! ¡gracias, Señora!... Ser breve quisiera
Empresa exponiéndoos de tal magnitud.

Naciones existen de pueblos incultos
Del mar de Occidente en ancho confín;
De extrañas costumbres, de idólatras cultos,
Do se hallan tesoros que no tienen fin.

Aquí en este mapa, que humilde os presento,
Veréis, Reina augusta, su inmensa extensión:

Tratar de apreciarla será vano intento,
Que de islas y mares hay gran profusión.

Cosmógrafos sabios, de siglos que fueron,
Lo dicen en frases que yo descifré;
De Italia otros sabios por mí las leyeron,
Y de ellos elogios, gozoso, escuché.

De vos hoy, Señora, recursos imploro
Para ir esos reinos, con ansia, á explorar:
Pequeña una parte os pido del oro
Y piedras preciosas que allí logre hallar.

Por veros rigiendo, al par de Castilla,
Tan grandes imperios mi vida expondré:
De santas creencias allí la semilla
Irá á los paganos trayendo á la Fe.

Si logro mi intento, verá vuestra Alteza
Creciente á su España de gloria y riqueza;
Ni ocaso ni orto tendrá en ella el sol:
Nación no habrá alguna de tal fortaleza,
Ni pueblo más grande que el pueblo español.

Calló Colón: su relato
Causó admiración á todos,
Mas de bien distintos modos
Juzgan su noble arrebato:
Hay quien le crea insensato,
Hay quien por loco le tenga;
Y para que todo venga
Á ser allí confusión,
Hay quienes con efusión
Elogian su ardiente arenga.

Mas los Reyes, conteniendo
Hablillas de cortesanos,
Á Colón tienden las manos,
Su saber reconociendo;
Y la Reina, respondiendo
Al ilustre Navegante,
Y á su promesa brillante
Dando entusiasta acogida,
Tal le dice, conmovida
Y de emoción palpitante:

LA REINA

Absorta os escuché: si no es delirio
Lo que ahora brotó de vuestros labios,
Y enigma oscuro de anteriores sabios
Lograsteis con certeza adivinar,
La empresa es grande, santa, indescriptible,
De inmortal resonancia y grave empeño;
Mas si es de alta aspiración un sueño...
¡Felices los que así pueden soñar!

Si pesares sufristeis, si repulsas
Os costó esa verdad ó esa quimera,
Á redimiros va Isabel primera
De la pasada, dura humillación.
No en vano habréis, con pretensión tan digna,
En mí, por vuestro amigo, confiado:
Toda honrosa ambición tiene guardado
Un lugar en mi noble corazón.

Grandes gastos la guerra me ocasiona,
Agotado se encuentra mi tesoro;
Pero Santángel os dará algún oro;
Los aprestos con él comenzarán.
Mas si al equipo de las naves todas

En que debéis partir aun no bastase,
Mis joyas venderé, y ellas la base
De tan gloriosa expedición serán.

¡No tuvieran jamás mejor empleo!
Mas atended: de ahora en adelante
Título os concedemos de Almirante
De esas regiones do anheláis ir vos.
Y en nuestro nombre allí, como Virrey,
Al par de difundir la Fe cristiana,
Ejerceréis justicia soberana:
¡Colón, partid, y que os proteja Dios!

De la Reina al escuchar
Frases que tanto le honraban,
Que un porvenir le auguraban
De gloria y de bienestar,
Colón lágrimas brotar
De su alma agradecida
Sintió, y, con voz conmovida,
Díjole á sus piés postrado:
«La honra me habéis salvado,
Que vale más que la vida.»

Y cuando ya concluyó
La audiencia, y sin más testigo
Que Fray Juan, su fiel amigo,
Lejos del Rëal se vió,
Los brazos al cuello echó
Del fraile, que, sollozando
Y en tierno abrazo estrechando
Á Colón, con vivo anhelo,
Los ojos alzaba al cielo,
Gracias al Eterno dando.

Después, con humilde acento,
El fraile dijo á Colón:
—«Yo me vuelvo á mi rincón,
Á rezar en el Convento.»
=«Yo á Santa Fe, al campamento,
—Colón dijo entusiasmado,—
Que hasta que en Granada alzado
No mire el pendón de España,
Á Isabel en la campaña
Seguiré como soldado.»

—«Dios os guarde: allí os espero.»
=«Él os guíe en vuestro camino;
Y pues triunfé de mi sino,
Que no he de tardar infiero.»
Con mutuo afecto sincero
Tal la despedida fué.
Colón, de un árbol al pié,
Miró á Fray Juan alejarse,
Y á poco volvió á internarse,
Pensativo, en Santa Fe.

Salida de Colón del puerto de Palos.

Cuadro del Sr. D. Ricardo Balaca.

Salida de Color del Puerto de Palos.

Cuadro del Sr. D. Ricardo Balaca.

ASTOR
TILD

CANTO III

LA PARTIDA

De Palos reina en el humilde puerto
Extraña animación, nunca allí vista;
Y de la aurora al resplandor incierto
Vese una flota anclada, á mar abierto,
Para zarpar aparejada y lista.

En las lanchas que aportan el pasaje
Abigarrada multitud se mira
De aspecto fiero y de diverso traje,
Que vituallas y cuerdas y equipaje
De la ribera, con vigor, retira.

Todo allí es confusión: junto al soldado
Que ciñe arnés de relumbrante acero,
La altiva dama y el sagaz letrado;
Junto al humilde fraile, el hacendado,
La meretriz y el tosco marinero.

Mas ¿por qué entre la inquieta muchedumbre,
Que á despedirlos va, cunde el espanto?
¿Por qué, del alba á la indecisa lumbre,
Retratada se ve la incertidumbre
En sus miradas, que apagó el quebranto?

¿Por qué tiembla la madre, desolada,
Al dar al hijo suyo abrazo estrecho?
¿Por qué la esposa, del esposo amada,
Hunde la faz, en lágrimas bañada,
Del fiel consorte en el doliente pecho?

¡Ah! No extrañéis los lúgubres temores
Que á ese pueblo infeliz causan enojos:
Justos son de su pena los rigores;
Que del genio á los vivos resplandores
El vulgo cierra, á su pesar, los ojos.

Lejos la flota irá: su rumbo cierto
Nadie en su mente inquieta se figura;
El Jefe ignora de arribada el puerto...
¡Sólo es seguro hallar del mar desierto
En ignorado escollo sepultura!

Mas en tanto que, tímida, se entrega
La turba así al terror y al desamparo,
Raudo Colón al Santuario llega,
La frente inclina, y á la Virgen ruega
Le dé en su ruta celestial amparo.

También allí, en fervientes oraciones,
Fieles mostrando su cristiano celo,
Se hallan Roldán, Ruiz y los Pinzones,
Niño y cien más, valientes campeones,
Que piden, cual Colón, favor al Cielo.

Allí Fray Juan, en plática elocuente,
Les augura en su empresa la victoria:
«Confiad en un Dios justo y clemente,
—Les dice enardecido,—que el que siente
Cual vosotros la Fe, halla la gloria.»

Finalizóse el acto religioso:
Ya todos hacia el puerto se encaminan;
Y Colón, con espíritu animoso,
Apresura el embarque, y, bondadoso,
Frases pronuncia que á su gente animan.

Á su vista las turbas enmudecen;
Él es de todas las miradas foco:
Mas cual los vientos, que oprimidos crecen,
Con renovados gritos, que ensordecen,
Exclaman á su paso: «Ese es el loco.»

En tanto él, del alma dolorida
Llanto vertiendo, con amargo duelo,
Da á sus amigos tierna despedida,
Y el momento al llegar de la partida
Dícele á Pérez, señalando al cielo:

«Allí el árbitro está de nuestra suerte:
Por nosotros rogad ¡oh padre mío!
Y si por trance inesperado y fuerte
En tan oscura empresa hallo la muerte,
Por mis hijos velad, á vos los fío.»

Así dijo, y partió. De los remeros
Al batir vigoroso, raudo avanza
De Colón el esquife: ya ligeros
De su nave los fieles marineros
La escala arrojan, á la cual se lanza.

Y cuando, más tranquilo, sobre el puente
De la que lleva de María el nombre,
Del inmenso Oceano vióse enfrente,
Alzó orgulloso la ardorosa frente,
Y el genio ya se sobrepuso al hombre.

«¡Levad anclas! ¡al mar! ¡largad las velas!»
Gritó á la chusma; y rápidas hendieron
Las ondas las gallardas carabelas,
Y, en pos dejando fúlgidas estelas,
Entre el cielo y el mar desparecieron.

Mas ¿quién del pueblo, que ávido acudiera
Á despedirlos, de ira y de venganza
La bárbara expresión pintar pudiera?
¿Quién la mortal angustia que sintiera
Al perderse la flota en lontananza?

«¡Hijos! ¡padres! ¡esposos! ¿Conque es cierto
Que no os veremos más?... ¡Ah! cuando vaya
Alguno de nosotros, con pié incierto,
Á preguntarte ¡oh mar!... tú dirás ¡MUERTO!
Ronco bramando en la arenosa playa.

»Ambicioso Extranjero: tú, tú has sido
El origen de todos nuestros males;
Por tu causa ¡oh crüel! hemos perdido
Nuestras más caras prendas, y sufrido
De humillación al par pruebas fatales.

»¿Cómo, peligro ó muerte despreciando,
No te dimos al mar?...» Con fieros gritos
Iban así sus quejas exhalando,
Y con furia su pecho golpeando,
Como en el hondo Averno los precitos.

«¡Desgraciados! ¿qué hacéis?—Fray Juan les dice:—
¿Por qué dudáis del Sér Omnipotente
Que al par del grande atiende al infelice?
¿Quién lo futuro sin errar predice?
¿Quién de Dios la piedad no ve patente?

»¿Qué diriais si mañana ese Extranjero,
Á quien tratáis sin compasión ninguna,
Fuera la admiración del mundo entero,
Y os aportase, como yo lo espero,
Con vuestras caras prendas, la fortuna?

»¡Gentes de poca fe! Á Dios los ojos
Alzad, que merecéis justo castigo:
Con la oración calmemos sus enojos:
Vamos al Monasterio; allí, de hinojos,
Demandaréis piedad... ¡Venid conmigo!»

Dijo: y cual caudalosa catarata
Que, contenida mal por viejo tronco,
Rompe el dique, y con fuerza se desata,
Y en cien arroyos luego se dilata,
Imitando el fragor del trueno ronco;

Así la multitud, impresionada
De Fray Juan por la voz y el buen ejemplo,
Corrió tras él, en grupos, desalada,
Y ante el altar, contrita y prosternada,
Llenó la nave del sagrado templo.

Cual voz de un ángel, del empíreo encanto,
Oyóse luego, en melodía suave,
De *Ave, Maris Stella,* el dulce canto,
Y al pueblo repetir el himno santo,
Del órgano al clamor sonoro y grave.

Y cuando ya la tarde declinaba
Y en Occidente el sol desparecía,
Ave, Maris Stella, aún resonaba,
Y el eco, que en el mar se prolongaba,
Ave, Maris Stella, respondía.

Las carabelas de Cristóbal Colón.

Copia de dibujos de la época.

Las Carabelas de Cristóbal Colón.

Cuál es el mejor de todo.

CANTO IV

EN EL MAR

Oh mar! ¿Quién en tu seno
No admira la grandeza
Del Supremo Hacedor?... Bien que sereno,
Depuesta la fiereza
Con que, en eterna lucha, airado bates
El alto risco y las extensas playas,
Te muestres apacible, retratando
Del cielo puro la inmortal belleza;
Bien que en creciente remolino alzando
Tus olas, ó que en tromba formidable,
Impasible en tu enojo, artero vayas
Inofensivas víctimas buscando,
En tu fondo insondable
Encontrará la ciencia
Misterio siempre oscuro,
Y el hombre, en su impaciencia
De dominarte por completo, siempre
En tus hielos polares
Verá á su arrojo impenetrable muro.

Mas nó con tal constancia á la afanosa

Aspiración del navegante osado,
Ó de atrevido explorador al ciego
Entusiasmo científico, opusiste
Barrera insuperable; que admirado
De su valor, ó dócil á su ruego,
Cien veces y otras cien, de él apiadado,
Los tesoros le abriste
Que en tu imperio vastísimo ocultabas,
Y honra con ellos y esplendor le diste.
Dígalo Bethencourt, que fué el primero
Que, con firme intención y ánimo entero,
En la región marítima africana
Dió á España lauros y comarcas bellas,
Do su elevada cúspide humeante
El Teide eleva al cielo;
Dígalo el Luso en la región indiana,
Y dílo tú, Colón, que á las estrellas
Y al fiero mar de Atlante
Arrebataste el tenebroso velo
Que encubría la tierra americana.

Mas antes que tus triunfos
Publique al són de mi inacorde lira,
Narrar debo la angustia y los dolores,
Los rudos sinsabores
Que mártir te proclaman de la idea;
El horror que me inspira
De tus contrarios la implacable saña,
Y los viles obstáculos que opuso
La insensatez á tu gloriosa hazaña.

«¡En el nombre de Dios!» Así comienza
Su diario el intrépido Almirante:
¿Cómo ya en adelante
Le negara el Eterno en su camino

Su santa protección, si, con fe ciega,
En Él solo confía,
Y, fervoroso, á su piedad se entrega?

Vedle ya sobre el puente
De la Santa María
Ordenar rumbo al Sur, que si presiente
De la chusma el temor, quiere en Canarias,
Antes de dirigirse al Occidente,
Restablecer la confianza en todos,
Y con promesas varias
Y por afables modos
Las ventajas probarles de su empresa.
Mas ¡extraña sorpresa!
¿Por qué de las tres naves se levanta
Horrendo vocerío
Al ver las bellas islas
Que llamó Bethencourt *afortunadas?*
¿Qué Caribdis, qué Scila á las miradas
Se muestra de las turbas, que el impío
Asombro dejó inertes y aterradas?

Majestuoso, imponente,
Llamas brotando su pupila ardiente,
Envuelto en su humeante cabellera
Do el viento finge monstruos á millares,
Titán de aquellos mares,
Dominando las islas se levanta
El Teide, cual gigante centinela,
Guardador impasible, siempre en vela.

¿Qué mucho que al mirarlo,
Sobrecogida la ignorante chusma
Temblase de pavor?... Ya se adelanta
Colón, y en frase breve

El fenómeno explica
Que tanto les espanta,
Diciéndoles después con energía:
«¿Quién vió jamás tan miserable y leve
Ocasión de temor? ¿Y sois marinos?
¿No os avergüenza tanta cobardía?»

De importante avería
Repuesta ya la nave
Llamada Pinta, y que comanda el bravo
Martín Pinzón, con rumbo al Occidente
Las carabelas van... Mas ¡ay! que esclavo
Siempre Colón de su fatal destino,
Verá alzarse imponente
La rebelión, que la ignorancia incita,
Obstáculos fraguando en su camino.

La soledad del mar, que el miedo excita;
Aerolito brillante que ante ellos
Desciende, nueva esfinge
Para los ignorantes marineros;
Hierba abundosa, que pradera finge
Sin término, á medida
Que las naves avanzan en su ruta;
De otra nave perdida
El mástil destrozado;
Los negros monstruos, de cabeza hirsuta,
Que las nubes figuran, ó de tierra
Costa lejana, que en la noche acrece
Y á la luz de la aurora desparece;
De la infeliz Atlántida el recuerdo,
Cuyo fin revelado
Fué por Platón á Sócrates un día,
Y en cuyos restos encallar pudieran
Las carabelas, pereciendo todos;

Las aves, que con vuelo sosegado
Se posan en los mástiles, y luego
No aparecen ya más, cual si quisieran
Con este extraño juego
Burlarse de su suerte;
Todo, todo viene á aumentar el vivo fuego
De oculta rebelión entre la chusma,
Ante el temor de inevitable muerte.

Y estalló al fin... Reunidos en la prora
Los fieros tripulantes,
Y á los rayos primeros de la aurora
Viendo tan sólo mar ante sus ojos,
De terror delirantes,
Así contra Colón claman un día,
Arrojando la hiel de sus enojos:
«¡Dos meses ya pasados, y la tierra
No aparece jamás! ¡Ah! ¿Quién se fía
Ya de este loco, que tan sólo encierra
Necia ambición en su insensible pecho
Y un fantasma en su ardiente fantasía?»
Y derramando lágrimas añaden:
«No cabe ya la duda; sí, esto es hecho;
La muerte nos espera, muerte horrible,
Lejos de nuestro hogar y de los seres
Que nos son más queridos...»
—«Basta, cobardes, con furor terrible
Roldán les dice entonces: ¿cual mujeres
Lloráis, sin recurrir á la venganza?
Si á volvernos al punto de partida
Ese Extranjero, sin piedad, se niega,
Matadlo; y que su muerte
En el misterio quede sumergida.»
=«¡Muera!»—responden todos...
—Pues miradlo;

No tengáis compasión; á hablaros llega.»

Con semblante sereno, decidido
Á jugarse la vida,
Colón, que sospechabá la conjura,
Valeroso hacia ellos se adelanta,
Y los arenga así, con voz segura:

«¡Insensatos! ¿Pensasteis, por ventura,
Que ignoro vuestros planes?
¡Herid!... Hé aquí mi pecho: ¿qué os espanta?
Sea éste el triste fin de mis afanes.
Mas después que con saña conseguido
Hayáis vuestro propósito, y mi muerte
El obstáculo os quite á vuestro anhelo,
¿Cuál será, ¡desdichados! vuestra suerte?
¿Quién tan sabio será, tan decidido
Que sepa, de estos mares
Venciendo los azares,
Llevaros hasta el puerto apetecido?
¡Oh gente desleal! ¡Oh gente ingrata!
Heridme, heridme, sin piedad ninguna:
¿Quién vuestras manos criminales ata?
Renunciad á la gloria, á la fortuna,
Y luego pereced, como menguados,
Del Cielo y de los hombres olvidados.»

Calló Colón: su decidido acento,
La fe con que su empresa defendía,
Calmaron á la chusma, y un momento
Meditar en silencio parecía.
Mas Dios, que al Almirante protegía,
De plácida esperanza
Darle una muestra quiso en tal instante
Que de la turba ahogara los enojos...

—«Alzad, alzad los ojos,
—Colón les dice,—y ved en lontananza
Bandadas cien de aves
Que vienen á las naves
Cual signo de ventura y de bonanza.
Cerca la tierra está; yo os lo aseguro;
Pero también os juro
Que, en tanto no se cumpla esta promesa,
Sabré en mi noble empresa
Hacerme respetar... Palabra he dado
De Aragón y Castilla
Á los augustos Reyes,
De hallarles en la India un vasto imperio
Y numerosas greyes
Que acaten su poder; y ruín mancilla
Fuera ya no lograr lo prometido.
Sigamos con valor: todos cumplamos
Nuestro deber, que cierta es la victoria:
Mas si no la alcanzamos,
Cual valientes sepamos
Por nuestra Fe morir y por la gloria.»

La chusma enmudeció... Señales nuevas
En aves mil de espléndidos colores,
Y en fragantes olores
Que el aura hasta las naves conducía,
De selvas no lejanas fueron pruebas.
Renacieron la paz y la alegría;
Y cuando el sol el límite brumoso
Traspuso de Occidente,
Y el astro de la noche, majestuoso,
Apareció al Oriente,
Reverberando con fulgor suave
En el piélago undoso,
De Colón en la nave

Los marineros todos se postraron,
Y, elevando la vista al almo cielo,
Salve, Regina, unidos entonaron,
Con fervoroso anhelo:
Aquel himno sublime,
Que de una en otra nave repetido
En cadencias sin fin se dilataba
Por las olas del mar repercutido,
De la Madre del Verbo al alto solio,
Como nube de incienso,
Rápido se elevaba
En alas de los vientos conducido.

Y era allí templo el mar; el mar inmenso,
Cuyo fin entre brumas se perdía;
El cielo, de luceros tachonado,
Su gigantesca bóveda; el sonoro
Rumor acompasado
De las inquietas ondas, la armonía
Del órgano vibrante;
Y la luna, la lámpara oscilante
Que ante el altar del universo ardía.

El desembarco en Guanahaní.

Cuadro del Sr. D. Dióscoro Puebla.

El desempleo en Guatemala.

Cuarto del Lic. J. Dionisio Fuentes.
Guatemala.

CANTO V

¡TIERRA!

TRAS augurios de plácida esperanza
Surgieron el temor y el desaliento;
Que el que no afirma en Dios su confianza
De la duda le acosa el sufrimiento.

¡Ay, un día más, y la anhelada tierra
Es fantasma que el aire desvanece!
¡Mar, sólo mar! Su soledad aterra:
La chusma al contemplarlo se estremece.

Sólo allí un hombre, de temor ajeno,
Ni tiembla, ni se rinde ante la duda:
Mirando al horizonte va, sereno,
Que no amenguó su fe, y ella le escuda.

Cerró la noche: de la popa enhiesta
Sobre el castillo, y siempre desvelado,
Á orar y á vigilar Colón se apresta,
Solo con Dios, de todos apartado.

Allí fijo, de pié, alta la frente,
Del destino arrostrando los azares,
Parece ser el genio prepotente,
Dominador del viento y de los mares.

En su fe, en su valor siempre confía;
Mas viendo de la chusma el descontento,
Del éxito un instante desconfía,
Y al Cielo pide auxilio en su aislamiento.

«¡Oh Dios mío!—doblando la rodilla
Murmura con fervor—mi afán comprende:
No expire yo cubierto de mancilla,
Entre vil turba, que á mi voz no atiende.

Si esta empresa ideé, fué por tu gloria:
Á tí la encomendé con fe sincera:
Concédeme, piadoso, la victoria,
Y si debo morir, con honra muera.

Y tú, de los Milagros Virgen mía,
De la Rábida luz, del triste amparo,
Sálvame ahora, como en negro día
Me libraste de horrible desamparo.»

Cual si apiadado el Cielo, al fin quisiera
Otorgarle el favor que demandara,
Entre sombras de próxima ribera
Brillar miró una luz movible y clara.

«Venid, Gutiérrez,—grita á un caballero
Que le acompaña, crédito no dando
Á sus ojos:—subid, subid ligero;
¿Es aquélla una luz, ó estoy soñando?»

«No soñáis, nó;—Gutiérrez le contesta;—
Es una luz que oscila y que se mueve;
Mas no deis la señal, que acaso ésta
Será nueva ilusión de niebla leve.»

Mas nó, no fué ilusión: la Pinta lanza
Al aire la señal; y «¡tierra! ¡tierra!»
Grita alegre una voz en lontananza,
Que de esperanza y gloria un mundo encierra.

Al eco del cañón, en las tres naves
Se oye de «¡tierra!» atronador acento:
«¡Tierra!» repite el mar en tonos graves,
Y «¡tierra! ¡tierra!» el vagaroso viento.

¿Quién de Colón en tan feliz instante
Pintara la emoción y la alegría?
¿Quién la de todos, al mirar delante
De ellos la playa, al clarear del día?

Á su atónita vista una isla bella
Inmensa y rica de verdor se ofrece,
Donde entre selvas vírgenes descuella
El frutal, y la flor, que el viento mece.

Saltan allí en las ramas, sin recelo,
Aves raras, de espléndidos colores,
Y, envuelta de la niebla en frágil velo,
Lleva el aura balsámicos olores.

Á bíblicas escenas se despierta
La memoria al mirar aquel paisaje:
Con el perdido Edén todo concierta,
Hasta del indio el primitivo traje.

Los botes dirigiendo, á la ribera
Se encaminan los jefes de la Armada;
De Castilla en su mano la bandera
Lleva Colón, al aire desplegada.

Rico traje de púrpura vistiendo,
Presto salta á la playa, prosternado
Besa la tierra, y, lágrimas vertiendo,
Bendice á Dios, de gozo enajenado.

Luego, con firme aliento, se levanta,
Y el Rëal estandarte tremolando,
Con la espada desnuda se adelanta,
De aquella tierra posesión tomando.

Juramento después todos le prestan;
Su autoridad como á Virrey acatan;
Luego los bosques á explorar se aprestan
Que ante su vista absorta se dilatan.

¿Quién la belleza de tan rico suelo
Narrar pudiera, ni su dulce encanto?
¿Quién el azul de su brillante cielo?
¿Quién de sus bosques el frondoso manto?

¿Cómo expresar la cándida inocencia
De aquellos indios, y su vivo celo
Por servir, con su escasa inteligencia,
Á los que juzgan ángeles del Cielo?

Tras breves mas penosas excursiones,
En que infinitas islas se descubren,
Colón renuncia á más exploraciones;
Que algunos negra deslealtad encubren.

¡Martín Pinzón!... Mas basta: nó mi lira
En nada amengüe tu inmortal memoria:
Tu suerte sólo compasión me inspira:
Juzgue tus hechos la severa historia.

Perdióse de Colón la carabela;
Costosa fué en verdad esta campaña:
Él en la Niña se dará á la vela:
Si va en débil bajel, Dios lo acompaña.

De maderas, de rica especería
Muestras lleva, y de perlas y de oro;
Que ante los Reyes demostrar confía
De aquella tierra el mágico tesoro.

É indígenas también con gran riqueza
De adornos raros, y en sencillo traje;
Y aves extrañas, de sin par belleza,
Por su color y espléndido plumaje.

Pronto al zarpar, con rumbo hacia Castilla,
La furia vencerá del mar profundo;
Y su fama, al tocar la ansiada orilla,
Durará ya mientras exista el mundo.

Recibimiento hecho á Colón en Barcelona.

Cuadro del Sr. D. Ricardo Balaca.

Recipimiento pecho à Colon en Barcelona.

Cuadro del Sr. D Ricardo Batsca

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.
PUBLIC LIBRARY

CANTO VI

EL TRIUNFO

MEDIABA Marzo: la naciente aurora
Prestaba al mar sus tibios resplandores,
Y extraña animación, á aquella hora,
De Palos se observaba en los alcores:
En los sitios más altos se agrupaban
Del pueblo los tranquilos moradores,
Y la vista en el mar todos fijaban,
Dando gritos de gozo atronadores.

Rauda cortando las inquietas olas,
Una nave ante el puerto se presenta:
La embellecen gallardas banderolas
Y la enseña Rëal su popa ostenta.
Aun más del pueblo el ronco vocerío
De sus cañones el fragor alienta;
Y es maravilla ver cómo el gentío,
Á medida que crece, se impacienta.

«Es la Niña,—un anciano marinero
Grita, vertiendo llanto de alegría;—
Sí, la conozco bien: fuí yo el primero
En decir que hacia aquí se dirigía.»
Con entusiasmo férvido, creciente,
«Es la Niña,» la turba repetía,
Mientras el sol, brillando en el Oriente,
Aumentaba el placer de aquel gran día.

Al eco de las salvas, asombrados
El Prior y los monjes del Convento,
Hacia la playa corren desalados,
Aumentando el rumor y el movimiento.
Y al ver Fray Juan la embarcación que llega
Á dar fondo, y de todos el contento,
Dando gracias á Dios, feliz se entrega
Del más vivo placer al sentimiento.

Ya Colón y después los tripulantes
Saltan llenos de gozo en la ribera...
¿Quién del pueblo los gritos delirantes
Y el entusiasmo describir pudiera?
El sacro bronce, al voltear, sonoro,
Alza y conmueve la comarca entera,
Y el ¡viva! ardiente del inmenso coro
Llegar parece hasta la azul esfera.

Colón besa la tierra prosternado;
Luego estrecha á Fray Juan contra su pecho,
Y al mirarse por todos aclamado,
«Gracias» les dice, en lágrimas deshecho.
De él á la par el pueblo conmovido,
Se atropella á su paso en grupo estrecho,
Cada vez más curioso y decidido,
Y nunca de aclamarlo satisfecho.

¡Mísera humanidad! ¿Dó se ocultaron
Los que *loco* á Colón apellidaban?
¿Dónde las viles turbas que intentaron
Matarlo, y que feroces lo asediaban?
Miradlos; esos son: hora rendidos
Lo elogian los que ayer le amenazaban,
Besan su traje, y van, enardecidos,
¡Viva! diciendo á aquel que apostrofaban.

¡Lección dura ésta es para los necios
Que de la plebe en la constancia fían!
¡Ay de aquellos que temen los desprecios
De ignaras turbas, ó en su amor confían!
Cual las tribus que dieron culto al oro
Y al vil materialismo se rendían,
Sólo al éxito dan ellas decoro,
Y hasta de Dios, á veces, desconfían.

Al templo con sus fieles marineros
Á dar gracias á Dios va el Almirante;
Y á tiernos votos de piedad, sinceros,
Se ofrece, por su bien, en adelante:
Que si es deudor al Todopoderoso
Del que logró alcanzar triunfo brillante,
Mostrarle, cual cristiano fervoroso,
Quiere su gratitud, su amor constante.

Luego en el Monasterio, rodeado
De Fray Juan y los monjes, fiel describe,
Tras los riesgos, el éxito alcanzado,
Y las ventajas mil que de él concibe.
Dando al olvido allí penas impías,
Alabanzas y plácemes recibe;
Y, de reposo tras de breves días,
Á marchar á la Corte se apercibe.

¿Qué humano acento referir pudiera
La gloria de Colón? ¿Quién lograría
Pintar el entusiasmo, la alegría
Del pueblo, que, tras él, á la carrera,
Por verlo y aclamarlo le seguía?
Para empresa tan ardua inútil fuera
Feliz inspiración y ánimo entero,
Sin la lira de Píndaro ó de Homero.

No existe ejemplo en la moderna historia
De triunfo tan sublime y portentoso;
Ni monarca ó caudillo valeroso
Cercado se miró de tanta gloria:
Para hallar otro igual en lo grandioso
Alzar preciso fuera la memoria
Al de Alejandro en Grecia y en Tesalia,
Ó al de César, tornando de Farsalia.

Las madres á sus hijos pequeñuelos,
Por mostrárselo, en brazos elevaban,
Y jóvenes y ancianos lo cercaban
Por saciar de admirarlo sus anhelos:
«Ese es el sabio,—á gritos proclamaban,—
Que, tras rudos afanes y desvelos,
El misterio aclaró del mar profundo
Y, con gloria, dió á España un nuevo mundo.»

Sevilla, Murcia, la Ciudad famosa
Que arrancó el Cid á la morisma impía,
En triunfo continuado recorría
Colón, aunque con marcha fatigosa.
La muchedumbre el paso le impedía,
Por besarle las manos afanosa;
Y, agitando lenzuelos de colores,
Le arrojaban las damas bellas flores.

Toca Abril á su fin: ya ante sus ojos
Aparece la noble Barcelona;
La que gloriosos timbres eslabona
Del Oriente en mil bélicos despojos.
Feliz allí la Corte se estaciona,
Libre ya de la guerra y sus enojos;
Y hará á Colón tan gran recibimiento,
Que pasará á la historia, cual portento.

De los indios y nautas precedido,
Que aves y objetos mil en alto llevan;
Rodeado de nobles, que le prueban
Cuán bien será de todos recibido;
De innumerables turbas circuído,
Que gritos de entusiasmo al viento elevan,
Por la Ciudad Condal Colón camina,
Y ya, raudo, al Alcázar se avecina.

En salón dilatado, que revisten
Bellos tapices, sedas y brocados;
Donde de toda España congregados
Los más ilustres próceres asisten;
Bajo regio dosel, que paños visten
Aun más ricos, con oro recamados,
Digno centro de tanta maravilla,
Se contempla á los Reyes de Castilla.

Al llegar del Palacio al atrio extenso,
El Almirante á todos se adelanta,
Y, con grave ademán y firme planta,
Pasa entre filas de concurso inmenso.
Mas á la entrada del salón, suspenso
Queda un punto, al mirar grandeza tanta;
Y á la emoción su corazón rendido,
Llanto de gozo vierte, agradecido.

Su noble aspecto, su cabello cano,
Á todos impresionan: de su asiento,
Cediendo á involuntario sentimiento,
Se alzan los Reyes: á besar su mano
Le dan, al contemplarlo ya cercano,
De hinojarse impidiéndole el intento;
Y á su mandato siéntase, obediente,
De ellos al lado, y del concurso enfrente.

Jamás honor tan grande concedido
Fué por los Reyes á magnate alguno;
Mas Príncipe tampoco hubo ninguno
Por situación igual favorecido.
Cuando el silencio, un punto interrumpido,
Reinó en la concurrencia, el oportuno
Permiso luego los Monarcas dieron,
Y tales de Colón las frases fueron:

«Quisiera, augustos Señores,
De Aristóteles la ciencia,
De Cicerón la elocuencia
Tener en esta ocasión;
Para daros idea justa
Del descubierto hemisferio,
Y de aquel inmenso imperio
La excelencia y la extensión.

»Islas he visto tan grandes
Como España ó Inglaterra;
Y no hay en aquella tierra
Nada á lo de Europa igual.
Allí jamás de los fríos
Se sintieron los rigores;
Y aun se ven frutas y flores
En la estación invernal.

»De vegetación tan brava
Están sus bosques poblados,
Que á humana planta cerrados
Se presentan por doquier.
Penetrar tan sólo en ellos
Se puede con hacha en cinto,
Y es su fondo un laberinto
Que aun no pude comprender.

»Ricas especias nos brindan
Sus árboles giganteos,
Que á comerciales empleos
Abren grato porvenir:
Y desmontando ancha zona
De sus tierras desiguales,
Frutos puede en todo iguales
Á los nuestros producir.

»Todo allí es grande y extraño;
Y en vano á vuestras Altezas
Intentara las bellezas
De aquel mundo relatar.
Por las muestras recogidas
En sus bosques seculares,
De maderas singulares,
Que aun bellas son sin labrar;

»Por las aves y los peces
De variados colores
Y las plantas y las flores
De extraño aspecto y vigor;
Por perlas de gran tamaño
Que conseguí; por el oro,
Señal cierta del tesoro
Que hay en minas de valor,

»Vuestras Altezas segura
Prueba tendrán de mi aserto,
Y de que estaba en lo cierto
Tal riqueza al predecir.
Mas aun tesoro más grande,
Aun más preciada ventura,
El Eterno les augura,
Bien fácil de conseguir.

»Que aquellos indios humildes,
Á los que aquí traje iguales,
En toscos ceremoniales
Á Dios dan adoración.
Por tal suerte, no es difícil
Atraerlos con dulzura,
Y fe les dará y ventura
Nuestra santa Religión.

»¡Oh, qué caudal tan inmenso
De espirituales glorias
En tan seguras victorias
Vuestros anhelos tendrán!
De todos los Soberanos,
De su destino orgullosos,
Los más ricos y dichosos
Vuestras Altezas serán.»

Concluyó su relato el Almirante:
Los Reyes y la noble concurrencia
Guardaron de silencio un breve instante,
Rendidos á su fácil elocuencia.
Mas después, al mirar oro brillante,
Aves, arbustos, aromosa esencia,
Y á los indios, en fin, su mudo pasmo
Se convirtió en frenético entusiasmo.

Conmovidos los Reyes, la rodilla
Doblan, alzando la mirada al cielo,
Y Colón y los Grandes de Castilla
Su ejemplo siguen con ferviente anhelo:
Los sacerdotes de la Real Capilla,
Mostrando entonces su cristiano celo,
Te, Deum, laudamus cantan en sonoro
Himno, que crece y se repite en coro.

¡Cuadro conmovedor! Á su belleza
Mi voz, temblando, en la garganta expira:
Para cantar su singular alteza
Débiles son las cuerdas de mi lira:
Que ante sucesos de inmortal grandeza
En que ambiente del cielo se respira,
En silenciosa y apacible calma,
Goza llorando de placer el alma.

Terminó el acto aquel. Europa entera,
Pasmada de Colón ante la hazaña,
De la envidia sintió punzada fiera,
Y con miedo y rencor contempló á España.
Tan vil pasión, que hasta en la Corte impera,
Lealtad fingiendo, logrará, con maña,
Ahogar del Almirante la alegría,
Mas nó la gloria que alcanzó en tal día.

Colón en la Alhambra, al regreso de su tercer viaje.

Cuadro del Sr. D. Francisco Jover.

Cotòn en la Vipsumpis, el Mesar de un pelicor Aisle.

—

Cuadro del D. Francisco Tovol

Tovol cacuarr .D .ia lop orbsu

CANTO VII

MARTIRIO

TRISTE, acerba misión la del poeta
Cuando, en vez de narrar heróicos hechos,
Ó de virtud ejemplos admirables,
El deber lo sujeta
Á los límites ásperos y estrechos
Que, rígida, le impone la justicia
Para trazar escenas lamentables
De impudor é injusticia,
Ó de la ingratitud el cuadro horrible!
¡Ah! sí; triste misión sobre mí pesa,
Mas necesaria al par é ineludible:
Y yo la cumpliré; que si en su pecho
El escritor abriga
Sentimientos honrados,
Á ser severo la verdad le obliga,
É implacable también con los malvados.

¡Desgraciado Colón! ¿Qué conseguiste
De tu inmortal hazaña?
Feroz la envidia contra tí se ensaña
Y en oponerse á tu ideal insiste,

En la hermosa ciudad que el Betis baña.
El orgulloso y pérfido Fonseca
Obstáculos dispone
Á tus nuevas empresas, dilatando
De tus veleras naves la partida,
Y, con audacia loca,
Al mandato se opone
De los augustos Reyes, pretextando
Excusa necia, que tu ardor provoca.

Partes al fin, llevando en tu compaña,
Merced á sus designios, siempre arteros,
Viles aventureros,
Que en tu noble campaña
Serán tus más sangrientos enemigos,
Y al par baldón y oprobio para España.

¿Qué importa que en tus nuevas
Exploraciones, de islas infinitas
Y extensos continentes
Hagas á España dueña,
Si la voz de perversos maldicientes
En amenguar se empeña
De tus grandes conquistas la importancia?
Cual lobos carniceros
Que, con tenaz constancia,
Una presa tan sólo se disputan,
Y, voraces y fieros,
Su destrozo por partes ejecutan,
Así los envidiosos
Tus hechos victoriosos,
Uno á uno con saña analizando,
Ante los Reyes van desprestigiando,
Con el fin de abatir tu honra y tu fama,
Mientras que tú, la vencedora llama

De tu genio agitando,
Luchando sigues por la hispana gloria,
Sin sospechar de quien tu nombre infama.

Mas ¡ah! ¡Pluguiese al Cielo
Que ese obstáculo solo á tu desvelo
Opusiera la suerte!... Ya la escoria
De los aventureros ambiciosos,
Cuyas viles acciones con los indios
Les reprendiste, de rencor furiosos,
Alzan de rebelión el estandarte,
Y, por Roldán guiados,
Procuran, por mil medios reprobados,
Á la vez que venderte, deshonrarte.

¿Cómo pudo imponerse de la envidia
Y la maldad la insinuación traidora
En la mente serena
De la augusta Isabel, tu protectora?

No sin rubor ni pena
Puédense recorrer en los anales
Las páginas que tratan
De los prolijos males
Que te hicieron sufrir tus detractores,
Y que su negra iniquidad delatan.
De su indigna victoria
Son seguras señales
De Bobadilla el mando, y los horrores
De tu injusta prisión... ¡Ah! ¿Quién dijera
Que el que á España cercó de tanta gloria,
Cual criminal se viera
En oscuras prisiones aherrojado?
No bastaba ¡oh malvado!
Dirigir contra él de la calumnia

El poderoso ariete
Y aprisionarlo en calabozo oscuro,
Sin que intentaras, con afán impuro
De deshonrarlo con el vil grillete?
Gózate ufano en tu traición infame:
Ella libre te deja
Ostentar tu poder, tu tiranía:
En vano será ya que el indio clame
Contra su inicua explotación impía:
Á su doliente queja
Responderá el castigo:
De tu injusticia insólita al abrigo,
La liviandad más torpe y asquerosa
Reinará, escarnio haciendo
De la moral cristiana:
La codicia insaciable irá creciendo,
Alentada por tí, más inhumana;
Mas el mísero indígena, muriendo
Del hambre y del castigo á los rigores,
Tu eterno acusador será mañana,
Bobadilla crüel, ante la historia,
Y el mundo, conmovido á sus clamores,
Maldecirá tu nombre y tu memoria.

Colón en tanto, de regreso á España,
Por decreto del déspota aportado,
De su desgracia ante el rigor se apena,
Mas sufre resignado
El duro peso de su vil cadena.

Del ilustre Almirante condolido
El honrado Vallejo,
Capitán de la nave
Que á España lo conduce,
Del grillo y la cadena á despojarlo

Solícito se apresta,
Dirigiéndole frases de consuelo;
Mas, rehusando el favor, él, con voz suave,
Sin vacilar un punto, le contesta:
«Dejad que mi mancilla,
Premio que á mi desvelo
Prepararon mis fieros enemigos,
Contemplen y mi triste desconsuelo
Los augustos Monarcas
De Aragón y Castilla;
Y que ellos sean testigos
De cómo á su Almirante y su Virrey
Deshonró, sin respeto, Bobadilla.»

Cuando Colón en la Rëal presencia
De Isabel y Fernando
Se presentó en Granada, de su oprobio
Las muestras ostentando,
El Rey, cuya conciencia
De infamia tal acaso le acusaba,
Enrojecido de vergüenza, quiere
Balbucear excusas; mas su labio,
En las turbadas frases que profiere,
Al Almirante infiere,
Con su inicua doblez, un nuevo agravio.
No así Isabel, que llanto derramaba
Al contemplarlo en situación tan triste,
Cual solícita madre lo abrazaba,
Y mandando quitarle las esposas,
Con frases cariñosas
En su dura aflicción lo consolaba.

¡Ah! también él vertía
Llanto de gratitud, porque veía
Que su noble y augusta bienhechora

Su humillación, su pena abrumadora,
Con él, como sus glorias, compartía.
Luego, humilde, besando
De rodillas su mano, así le dijo:
«Permitidme, Señora,
Que esta férrea cadena conservando
De hoy más en mi poder, pueda ser ella
Contra la vanidad, si me acomete,
Remedio siempre fijo;
Y así tendré presente en mi memoria
Que la terrena dicha es ilusoria,
Y la grandeza humana,
Como fugaz estrella,
Hoy espléndida luz, polvo mañana.»

¿Cómo no aparecían
Allí los cortesanos,
Que, de sus altas glorias envidiosos,
En su honra acrisolada
Le hirieron, inhumanos,
Aun más que Bobadilla
Crüeles y alevosos?
Ellos que, con palabra intencionada,
Fueron de él, sin piedad, acusadores,
¿Cómo al verle caído no acudían,
Y en este triste drama de dolores
Con más fuerza no hacían
El inicuo papel de delatores?
¡Ah! ellos también sentían,
Como el injusto Soberano, el rostro
Por la vergüenza acaso enrojecido;
De su víctima entonces se ocultaban,
Mas ninguno se hallaba arrepentido.

¿Quién fuera tan audaz, tan atrevido,

Que esta verdad histórica negara?
Sus enemigos, siempre triunfadores,
Con pertinaz encono destruyeron
La gloria de sus hechos posteriores.
¿Qué importa que á Colón se le otorgara
Nueva merced por los augustos Reyes,
Ni que por sabias leyes
Y con justos rigores
Juzgar á Bobadilla se ordenara?
Este déspota, impávido, tranquilo,
Y en libertad completa,
No encadenado cual Colón, emprende
Á España su regreso, custodiando,
Al par que los caudales del Tesoro,
El oro, el mucho oro
Que obtuvo para sí tiranizando
Y de hambre matando
Á inofensivos indios inocentes.
De ese vil oro acaso con presentes
Sueña en vencer el rígido decoro
Del tribunal que juzgará sus actos;
Y alentando en su pecho
Del desquite arrogantes esperanzas,
Alegre y satisfecho,
Un porvenir presiente
De venturas sin fin y de venganzas.
¡Engañosa ilusión! Por los airados
Vientos y por las ondas contrastados
Sus míseros bajeles, noche y día
Luchando fueron con su airada suerte,
Para encontrar al cabo en hondos mares
Él y los suyos desastrosa muerte.
¡Tal vez en esa hora
De angustia indescriptible,
En que su fin ya próximo veía,

Terrible, acusadora,
Al despertar de pronto su conciencia,
Gravitando sobre él, en su agonía,
La mano de la justa Providencia
Cual inmensa montaña pesaría!

Á la isla Española,
Descubrir anhelando
Más territorios que ofrecer á España,
En su cuarto viaje
Colón, en tanto, decidido vuelve:
Pero allí nuevo ultraje
Del orgulloso Ovando,
Sucesor digno á fe de Bobadilla,
Recibe, y se resuelve
El puerto á abandonar... ¿Quién los azares
Que en tempestades cien corrió en los mares
Pudiera describir? ¿Quién los horrores
Del hambre y abandono
Que en Jamáica sintió, por el encono
Del mismo Ovando, mísero instrumento
De sus nunca vencidos detractores?
Desfallece el aliento
Al leer de Colón el sufrimiento
De su vida en periodo tan infando:
La historia lo consigna
En las sangrientas páginas que al mando
Del asesino audaz de Anacaona
Debió la altiva España,
Para su mengua y perenal tormento.
Ellas la injusta saña
De ilustres extranjeros despertaron,
Y acusaciones, sin razón, lanzaron
Sobre el pueblo Español en sus escritos...
Nó; jamás los delitos

De un infame ó de un déspota pudieron
Las glorias empañar de un pueblo noble,
Que nunca el brío y majestad del roble
Por parásito vil desparecieron.

¿Pudiera aun más horrible desventura
Reservar á Colón su cruel destino?
Sí; que al tornar á España el vaso apura
Del más fiero dolor... Su protectora,
La insigne Reina que le abrió el camino
De su fama inmortal, en leda calma
Entregó á Dios su alma,
Cual la del justo pura
Y en el mundo del bien dispensadora.
¿Quién le prestará ahora
Consuelo en sus dolores,
Ni quién, al reclamar lo prometido,
Lo que por fe Rëal le fué ofrecido,
Atenderá su queja y sus clamores?

Cual cumple á un caballero,
Él premió de sus fieles servidores
La lealtad, la constancia,
Su mezquino caudal gastando entero:
Y pobre, abandonado
De todos ya, recorre los lugares
Que, al rumor de las fiestas populares,
Fueron ayer teatro de sus glorias,
Hoy de su humillación y sus pesares...
¡Ah! vedlo: ¿quién pudiera
En ese triste y encorvado anciano,
Que, al caminar, con temblorosa mano
Apoyo busca en su bastón nudoso,
Reconocer al grande, al majestuoso
Colón Virrey, que, en memorable día,

Entre ¡vivas! y aplausos recorría
Las calles de Barcino victorioso?
¿Dónde se oculta ahora
El pueblo que á su paso lo aclamaba,
Y, de ardiente entusiasmo enloquecido,
En inmensa oleada arrolladora,
Por besarle las manos lo asediaba?
Ingrata multitud, ¿dónde te has ido?

Hoy solo y abatido,
Cual mendigo infeliz, de puerta en puerta
Va á los Grandes apoyo reclamando
Para alcanzar del suspicaz Fernando
Que le cumpla su oferta...
¡Inútil afanar!... Nó, nunca esperes
Que injusto Rey, de compasión desnudo,
Si antes, sin causa, te humilló sañudo,
Hoy, de lealtad tornando á sus deberes,
Te acoja más humano,
Que nunca á la piedad se abrió benigno
El pecho endurecido de un tirano.

¡Ah! si Isabel viviera,
¿Cómo al rencor injusto de su esposo
No, enérgica, opusiera
La bondad de su pecho generoso?
Ella, digna y severa, le diría
Que un Rey, que un caballero
Nó su palabra á desdecir se atreve,
Sin que la mancha de perjuro lleve,
Y sea escarnio y baldón del mundo entero.
Tu petición entonce acogería,
Benigna y afectuosa,
Y, como siempre, á tu dolor piadosa,
Tus lágrimas, Colón, enjugaría.

¡Ay! ya en su tumba, inanimada y fría,
Sorda se muestra á tu aflicción sincera:
¡Pierde toda esperanza!...
Mas ¿qué vale terrena bienandanza?
Ella habita en el Cielo: ¡allí te espera!

Últimos momentos de Cristóbal Colón.

Cuadro del Sr. D. Francisco Ortego.

Últimos momentos de Cristóbal Colon.

Cuadro de D. Ignacio Pinazo.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

CANTO VIII

OLVIDO Y MUERTE

De Valladolid en triste
Y silenciosa morada,
Que ostenta en vieja fachada
Un carcomido blasón,
Y en pobre estancia, que apenas
Lámpara débil alumbra,
Confundido en la penumbra
Vese en el lecho á Colón.

De un clavo, en el tosco muro,
Penden grillos y cadenas,
Recuerdos de antiguas penas
Y de infame iniquidad.
Junto á su lecho se mira
Un arca, de piel forrada,
Y cerca de ella la espada,
Espejo de su lealtad.

Allí, sobre tablas viejas,
Yace, enfermo y moribundo,
El descubridor de un mundo,
El Almirante, el Virrey:
Allí yace, de la Corte
Y los Grandes olvidado;
Que de su destino airado
Tal es la suprema ley.

Su ya demacrado cuerpo,
Que tosco sayal encubre,
Con lijero lienzo cubre,
Y parte del rostro al par:
Y de su intranquilo sueño
Á la fatiga rendido,
Se oye, cual flébil quejido,
De su pecho el alentar.

Cércanle un amigo en torno
Y dos fieles servidores,
Que sus antiguos favores
Le pagan con gratitud:
Que en el corazón sencillo
De un anciano marinero,
Ó de un amigo sincero,
No cabe la ingratitud.

La noche es húmeda y fría,
Aunque ya la Primavera,
Hada benéfica, impera
De Mayo en el esplendor;
Y del viento y de la lluvia
Que golpea en la ventana,
Cual débil queja lejana,
Se escucha el vago rumor.

Mas de súbito la puerta
De la estancia aquella oscura
Abrióse, y grave figura
Vióse en ella penetrar.
Era un fraile: hábito humilde
De San Francisco vestía,
Y en su diestra mano asía
Un libro para rezar.

«¿Aun duerme?» preguntó á Fieschi,
Que era el amigo, en voz suave,
Y éste, en tono quedo y grave,
«Aun duerme» le contestó.
Mas aunque tan cortas frases
Fueron cual leve respiro,
Colón, lanzando un suspiro,
Al oirlas despertó.

«Llegad;—Colón dice al fraile—
Llegad, que estoy desvelado,
Y, débil ya y fatigado,
Me siento, oh Padre, morir.
Cual cristiano fervoroso
Recibí los Sacramentos,
Mas quiero en estos momentos
Vuestra exhortación oir.

¡Oh, cuánto acrecienta el peso
De mis afanes prolijos
No tener hoy á mis hijos
Cerca de mí, al expirar!
Tal vez el aviso tarde
Les llegara de mi estado:
No verlos aquí, á mi lado,
Cáusame inmenso pesar.»

—«Tranquilizáos,—dijo el monje—
Aun para morir no estáis.»
=«Padre mío, os engañáis;
Me siento desfallecer.
Mas si á tiempo no llegaran,
Vos...» No siguió: suavemente
Se abrió la puerta, y vió al frente
Sus hijos aparecer.

«¡Hijos!... ¡Oh, gracias al Cielo!»
Dice Colón sollozando;
Y ellos: «¡Padre mío!» y, llorando,
Se arrodillaron los dos.
Y allí los tres, confundidos
En íntimo abrazo estrecho,
Riegan con su llanto el lecho,
Dando alabanzas á Dios.

Después Colón á sus hijos
Dice con voz agitada:
«Pues que la hora es llegada
De separarnos, oíd.
Luego que muera, sellado,
En ese arcón que allí veis,
Mi testamento hallaréis;
Sus mandamientos cumplid.

¡Diego! ¡Fernando!... Leales
Sed siempre á los Soberanos,
Que ellos tienen en sus manos
Vuestra suerte remediar.
Y aun cuando tal vez mermaran
De lo prometido algo,
Seguid fieles, que un hidalgo
Á su Rey debe acatar.

Y cuando al yacer mis restos
En mi tumba solitaria,
Por mi alma una plegaria
Alcéis al Eterno allí,
Rezad también por aquella
Alma grande y bienhechora;
Que mi Reina y protectora
Nunca se olvidó de mí.

¡Hijos, adios!... Yo fallezco:
Siento de la muerte el frío...
¡Bendecidme, Padre mío!...
¡De mí apiádate, Señor!
En tus manos encomiendo
Mi espíritu...» En dulce calma
Dijo así, y voló su alma
Al seno de su Creador.

Ayes, sollozos, lamentos
De los que en vida lo amaron
Tras su muerte se escucharon,
De su dolor prueba fiel.
De la seráfica Orden
Llegaron los frailes luego,
Y, postrados, tierno ruego
Alzaban á Dios por él.

Así acabó el Genio ilustre
Que fué ejemplo de constancia,
De humildad, de tolerancia,
Y que un mundo á España dió.
De sus virtudes en premio
Recibió persecuciones,
Deshonras y humillaciones,
Y España al fin lo olvidó.

Que tal ocurre en los pueblos
Do impera la tiranía,
Y cuando todo se fía
De un hombre á la voluntad.
Hoy esta injusticia España
Á reparar se apresura,
Que vientos ya, por ventura,
Se aspiran de libertad.

También Calderón, Cervantes,
Cortés y Santa Teresa
Fueron del olvido presa,
Y Fray Luís de León.
Mas para honrar á estos Genios,
Que son gloria y prez de España,
Viéronse en feliz compaña
Arte, Ciencia y Religión.

¡Oh Patria mía! Si sigues
Tan seguro derrotero,
Tendrás en el mundo entero
Siempre elevado lugar:
Que la nación que á sus sabios
Honra da y alto renombre,
Se hace digna de su nombre,
Timbres adquiriendo al par.

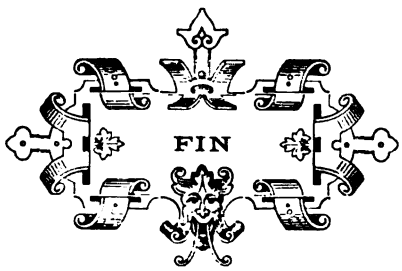
APOTEOSIS

CUATRO siglos transcurrieron,
Y, del tiempo vencedoras,
Hoy de Colón las hazañas
Á los modernos asombran.
El mundo civilizado
Ante su genio se postra,
Y en grandiosos festivales
Le da merecida loa.
En los templos de Minerva
Todos á una voz lo elogian,
Ora pulsando la lira,
Ya en eruditas memorias.
¿Dije todos? Nó, no es cierto;
Que aun voces acusadoras
Contra su honor y su fama
Se alzan con saña rabiosa;
Y bajo el pretexto frívolo
De defender hoy la honra
De España, que nadie ataca,

371938

Con persistencia insidiosa
Ditirambos acumulan,
Y con clarines pregonan
Las múltiples *excelencias*
Que, en su opinión, avaloran
Á los que á Colón ciñeron
Férreas cadenas y esposas.
Tal en umbrosa arboleda,
Cuando en Mayo reina Flora,
Entre el alegre concierto
De las avecillas todas
Se oye el zumbido del tábano,
Como discordante nota.
Mas ¿ante el coro del mundo
Sus disonancias qué importan?
Así el can ladra á la Luna
Cuando por Oriente asoma,
Mientras ella, entre luceros,
Se alza al cenit triunfadora.
En tanto del Almirante
Crece la egregia memoria,
Y su nombre con laureles
Orna América y Europa.
Monumentos á millares
En su honor el arte forja,
Y no hay ciudad, no hay aldea,
Hasta en regiones remotas,
Que, feliz, no se apresure
Á celebrar sus victorias.
Tú, España fiel, patria mía,
Que fuiste su protectora,
Álzate cual si alentara
En tu seno un alma sola,
Y en su cuarto centenario
Sus proezas conmemora.

Y tú, Colón, si á Dios plugo,
Tras la vida transitoria,
Darte, en premio á tus virtudes,
De los justos la aureola,
Aparta un punto la vista
Del empíreo, donde moras,
Y fíjala aquí en la tierra
Para contemplar tu gloria.



POST SCRIPTUM

AL escribir este poema, y con objeto de ajustarme en lo posible, tratándose de una obra poética, á la verdad histórica, he tenido presente la *Historia de las Indias* del P. Las Casas; *Vida y viajes de Cristóbal Colón* por Washington Irving, y la obra de mi querido amigo el Excmo. Sr. D. José María Asensio, titulada: *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos,* recientemente publicada en Barcelona, y en la cual su ilustrado autor resume todo lo que hasta el día se sabe del insigne Descubridor del Nuevo Mundo; refutando á la vez antiguos errores, que hasta hoy han pasado como verdades incontrovertibles.

Sólo me he permitido alterar esa misma verdad histórica en un detalle de poca importancia, presentando á Colón aherrojado ante los Reyes Católicos, por convenir á mi propósito dar más realce dramático á la entrevista del Almirante con los Monarcas después de su prisión; siendo lo cierto, que los Soberanos ordenaron quitar las cadenas y los grillos á Colón desde el momento en que tuvieron noticia de la lastimosa situación en que había llegado á Cádiz al volver de su tercer viaje.

Aunque un poema histórico no puede ni debe ser un relato servilmente copiado de la historia, y sí sólo una obra

agradable, en la que, sin alterar la historia misma en su esencia, pueda el poeta dar libre vuelo á su fantasía para avalorar con ricos detalles poéticos las más culminantes escenas de su obra; yo, en ésta, he procurado ceñirme todo lo posible á la historia, aun á riesgo de aparecer prosáico en algunos pasajes; porque no quiero que se me acuse por ciertos escritores que al presente se ocupan en la tarea ingrata de empequeñecer las glorias del ilustre Almirante, no quiero, repito, que se me acuse por esos escritores de contribuir á formar lo que ellos llaman *La leyenda colombina,* leyenda que, sea dicho de pasada, no sé que exista; pues no puede darse nombre tal á hechos históricos que ellos tratan de desvirtuar, ni á los errores consignados por varios publicistas acerca de la vida de Colón; errores que una justa crítica se ha encargado de aclarar, y que ya hoy ninguna persona ilustrada acepta como verdades. ¡Feliz yo si tengo la fortuna de no caer bajo el anatema de estos Aristarcos colombinos, y me puedo escapar sin la tacha de legendario!

(N. DEL A.)

Sevilla, 19 de Abril de 1892.

ÍNDICE

	Páginas.
Prólogo.	V
Dedicatoria.	1
Exordio.	3
Canto I.—En la Rábida.	5
Canto II.—En Santa Fe.	13
Canto III.—La partida.	21
Canto IV.—En el mar.	27
Canto V.—¡Tierra!	35
Canto VI.—El triunfo.	41
Canto VII.—Martirio.	51
Canto VIII.—Olvido y muerte.	63
Apoteosis.	69
Post Scriptum (N. del A.).	73

SEP 29 1950

SEP 29 1950